



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

LA MUJER DEL RODETE GRIS
por **LIDIA NICOLAI**



La mujer del rodete gris

Me encontré caminando por una calle angosta bajo un sol moribundo. Las hojas crujientes bajo mis zapatillas y el que no hubiera nadie a la vista me llenaron de inquietud. Si alguien me hubiera dicho que momentos antes la zona había sido diezmada por una bomba de neutrones, una de esas que casi no producen destrucción de estructuras y edificios pero sí matan a las personas y a los animales, no me habría asombrado. Todo, desde las baldosas a los árboles pelados, estaba envuelto en un halo de extrañeza. O bien los vecinos dormían la siesta o estaban muertos, pensé. Me incliné por la segunda posibilidad y al hacerlo debí admitir que el halo de extrañeza me alcanzaba también a mí. Demoré en reconocer el lugar hasta que recordé cuántas veces había recorrido esa misma calle en la adolescencia. La librería de viejo a la que recurría a menudo en esa época se encontraba en la siguiente cuadra. ¿Existiría aún? Habían pasado ya unos diez años largos. Apuré el paso.

No corría brisa alguna y de pronto una ráfaga furtiva hirió la quietud del aire. Cerré los ojos por puro instinto. Mi cuerpo se inclinó hacia adelante de manera peligrosa como si algo lo succionara y, unos segundos después, fue empujado hacia la derecha. Me di un buen golpe en la cabeza contra una pared rugosa. Palpé el cuero cabelludo: no estaba lastimado, sólo me dolía y el chichón ya estaba ahí. Mantuve los ojos cerrados mientras duró esta especie de chubasco seco. Polvo y hojas habían dado en mi cara. Me alegré de llevar puestos mis anteojos de lejos.

Una vez que la quietud se restableció me animé a levantar los párpados.

Sacudí la cabeza, como si con ese movimiento pudiera acomodar mis ideas.

Me refregué los ojos y vi a una mujer de rodete gris sobre la misma cuadra. Caminaba a paso lento en mi misma dirección. La gente está cada día más indiferente, me dije. ¿Acaso esta mujer no se dio cuenta de lo que me estaba sucediendo? ¿No se le ocurrió que tal vez necesitaba ayuda? ¿No pensó que semejante golpe me dejaría aturdida, o se hizo la tonta?

Terminé de hacerme estas preguntas y la memoria me devolvió una andanada de imágenes en pocos segundos. Mostraban una secuencia del rodete gris muy cerca de mi cara primero y alejándose después.

Ahora, la cabeza con rodete había llegado a la esquina y cruzaba la calle. Se alejaba, ¿en dirección a la librería? ¡A esa mujer quería verle la cara!

Me estremezco, mis piernas no responden bien. Sólo logro dar pasos muy pequeños, como en los sueños en que pretendo correr y las piernas son dos cilindros de plomo. La mujer ya va por la otra cuadra, todo me indica que pretende cruzar a la vereda de enfrente (la de la librería). Intento apurar el paso y no caigo al suelo gracias a una verja de la que puedo agarrarme. Tranquila, me digo, tranquila, ya vas a llegar, sólo se te han entumecido los músculos. “Estoy a años de distancia del rodete”, me digo, y la palabra “años” me resulta fuera de lugar. Intuyo que la situación no tiene relación con músculos entumecidos. Se trata de algo mucho peor aunque desconozco su naturaleza.

Bajo mis pies ya no hay hojas secas. Alzo la vista y veo que algo les sucede a los árboles. Ya no están desnudos y el follaje sufre algún tipo de sacudida ondulatoria aunque no hay ni pizca de viento. Mis tripas hacen ruidos. Las hojas verdes duran sólo unos instantes; su aspecto cambia. En menos de un minuto, estoy segura de esto, otra vez piso hojas secas. La vereda ya no es una vereda, es una senda en que el tiempo pasa a velocidad inusitada. Los árboles cambian del verde al amarillo y a la desnudez, y otra vez al verde, en un ciclo que parece sin fin. No llego a preguntarme de qué se trata porque mi cerebro se ha paralizado. No entiendo nada.

Mis piernas avanzan en forma lenta y mecánica, como las de un robot. Con dificultad, pero acomodo mis anteojos. Busco el rodete gris. Ya no está a la vista. Lo pienso en la librería. Ahora tengo la certeza: la librería juega un papel en todo esto.

Miro mis manos con la ansiedad con que una madre cuenta los dedos del recién nacido. Pero las manos están como las tenía unos minutos antes, o unos años antes, ya no sé. Los árboles son mi reloj. Ellos responden al paso del tiempo pero mi cuerpo, por alguna suerte de rara excepción, no responde a él. Sigo dando pasos muy cortos. Sigo mi largo viaje a la librería.

Al fin llego a destino. El local está atestado de gente, en severo contraste con la soledad de la calle. Subo los cuatro escalones de un mármol combado por los años. Me pregunto si en diez años podría haberse producido ese deterioro. El mármol no se gasta tan rápido, me contesto. Miro las estanterías metálicas, ahora son de un rojo carmín, y el piso de cerámica, y no encuentro gran diferencia con la librería que yo visitaba en mis tiempos. La empleada de la caja bien puede ser la misma que me atendía entonces, una decena de años más vieja. Me quedan dudas. Ella me dedica una sonrisa al verme entrar, pero es tan sutil que tal vez sea un invento



de mi cerebro en busca de signos de normalidad. Me muero de ganas de saber si se llama Norma pero en ese momento veo, en la última mesa, a la mujer del rodete.

Me abro paso pidiendo varias veces permiso y masajeándome el lado izquierdo del pecho. Logro colocarme muy cerca, sólo dos hombres altos nos separan. Ella, ajena a mi acoso visual, sigue hurgando en la mesa de saldos más caros. Uno de los hombres deja el lugar y me arrimo; a los pocos minutos el otro también se va. Ahora la mujer del rodete y yo estamos cerca, nuestros cuerpos casi se tocan. No me animo a interpellarla. Gire la cabeza hacia mí, le digo en forma tan imperativa como muda. Me concentro y repito la orden, pero no hay caso, no logro llegar a ella de esa manera mágica.

Sin interés verdadero me pongo a ver títulos de obras que en verdad no alcanzo a leer. Veo que la mujer separa una novela negra que yo también podría haber comprado. Me intriga. Tal vez hasta tengamos gustos literarios similares. Observo que el título no me es conocido, esto me asombra: creía tener en mi biblioteca todos los títulos del autor, espero cada nueva obra y la compro no bien se edita. Otra rareza que no puedo explicar. La mujer se corre un poco hacia la izquierda y entonces me parece sufrir una alucinación: las partes de arriba de los libros cambian en la fila que acaba de dejar la mujer del rodete, ondulan. Sucede lo mismo en la fila que la mujer del rodete empieza a revisar. El movimiento ondulatorio es rápido y es producto (no me doy cuenta sino después de varios minutos) de que algunos libros altos son reemplazados por otros más pequeños y al revés.

En la fila de libros que tengo delante los libros me son conocidos. Por su parte la mujer saca un libro, lo hojea y lo pone encima de la mesa. Leo el nombre del autor, no lo conozco. Pero transcurrido apenas un minuto sucede algo que nunca había presenciado. La mujer del rodete toma otro libro, lo abre y una voz va leyendo el texto; la palma de su mano derecha sobrevuela el libro y el volumen baja. Pienso que puede ser un libro para ciegos que no han aprendido el sistema Braille. La mujer lo coloca en el mismo lugar de donde lo ha sacado.

Ella se desplazaba hacia la izquierda enfrentándose a sucesivas hileras de libros apoyados de pie y yo imito su recorrido, me muevo hacia el mismo lado. Es decir que reviso los mismos libros que ella acaba de revisar. Pero en verdad no es así, porque cada vez que nos desplazamos, los libros son cambiados por otros en una fracción de segundo. Mirar lo que sucede me produce una sensación de vértigo. Busco en mi fila el libro parlante y no está. Estoy segura de que es de tapa dura de color amarillo, pero no encuentro ningún libro de esas características.

Debo encontrar la manera de entrar en conversación con la mujer, pienso. Quiero verle la cara de frente de una vez por todas. Es una obsesión que se me ha metido en la cabeza. El perfil me parece vagamente conocido, pero tal vez sea mi imaginación. El perfume, de tono dulzón, me recuerda a una tía que tiene manía por los perfumes dulces.

Al fin se me da la oportunidad de entablar un diálogo. La mujer ha apoyado sobre la mesa un libro de una autora cuya obra sigo hace varios años. Me creía conocedora de todos los títulos pero éste es nuevo para mí. .
—Disculpe. ¿Le gusta esta escritora?

La mujer vuelve la cara hacia a mí y quedo petrificada.

—Me gusta mucho. La sigo desde su primer libro. Este es uno que tendrá dos o tres años pero yo aún no lo había leído. Al primero lo compré en este mismo local cuando era una adolescente.

Seguimos hablando pero sin mirarnos las caras. Ella sigue revisando libros y yo he quedado inmóvil después de verle la cara. Me sobrepongo. .

—¿Viene desde entonces a esta librería? —le pregunto y temo que algo me suceda.

—Vine durante toda la adolescencia, pero a los veintiuno me mudé a otro barrio. Hace unos meses, las vueltas de la vida, he vuelto a vivir muy cerquita y vengo todas las veces que puedo. Me trae lindos recuerdos.

Y entonces me mira. Abre mucho los ojos. Está a punto de decir algo pero se calla. Se toca el rodete en un gesto maquinal y desvía la mirada.

Estoy convencida de que lo que ha encontrado en mis ojos es lo mismo que yo en los suyos. Por alguna razón ni ella ni yo decimos nada. Seguimos con nuestra tarea de búsqueda o lo simulamos.

Al fin no me aguanto y digo:

—Disculpe. Es usted tan parecida a mi madre...

—Es que vos sos parecida a tu madre —me interrumpe — Sí. ¿Sabés una cosa? Yo siempre me pensé fea, sin brillo y ahora te encuentro una belleza y una frescura casi infantiles que me emocionan. Para mí, que ya soy grande, verme así, joven y vital, es algo fuerte.

Entonces la miro como si lo hiciera por primera vez. Es una señora elegante en la que creo reconocer claros vestigios de lo que fue su juventud y, lo más importante, el tono de la voz trasmite esa placidez que a mí me gustaría tener algún día. Pienso todo esto mientras sostengo su mirada, pero digo:

—No puede ser, esto no puede estar sucediendo —y la voz me sale aguda.

Entonces, de reojo, veo a dos señoras que hasta hace unos minutos estaban revisando libros. Han interrumpido





su búsqueda y me miran con esos ojos con que se mira a los locos. Más allá, las cejas levantadas de la cajera, expresan sorpresa y miedo. La vendedora también se he detenido en medio del local y me observa. Me vuelvo y veo a un par de señores con los ojos clavados en mí y las bocas muy abiertas.

Se produce un apagón de la luz. Es breve.

—Sólo vos podés verme —me dicen en un susurro y demoro unos cuantos segundos en darme cuenta de que me habla la mujer (para mí, hasta este momento en que aún me resisto a la verdad, ella sólo es “la mujer del rodete”).

Entonces me digo que, si ella es lo que me ha sugerido, todo tiene su lógica. Nadie puede acceder a mi futuro salvo tal vez yo, que lo porto. ¡Pero eso es imposible! Dios mío. ¿Qué me está pasando, qué es lo que digo, me he vuelto loca de verdad?

La luz se apaga otra vez. Hay murmullos apagados y gente que se desplaza hacia la salida.

El calor de un abrazo me produce un sobresalto. ¿Es ella la que me ha rodeado con los brazos? Mis cabellos ondulan como si estuvieran al viento. Me acuerdo de los árboles de la calle con sus copas moviéndose sin pizca de viento. Y de esas fugaces imágenes del rodete alejándose de mí. Ahora toda yo me muevo de forma sutil y mi mente se puebla de imágenes llenas de colorido que no reconozco. ¿Qué son estas imágenes? El abrazo sigue y yo, que he mantenido los brazos tiesos junto a mi cuerpo los levanto y rodeo el cuerpo que se aprieta cada vez más contra el mío. Es dulce, es cálido. Entonces se produce un sacudón intenso, algo parecido a un temblor en el interior de mí misma.

Las luces se encienden otra vez. Los clientes de la librería aún no han terminado de salir del local, caminan hacia la calle aunque algunos miran las luces y se detienen. ¿Todo ha sucedido en un par de segundos?

La mujer del rodete ya no está. ¿Y yo? Vuelvo la cabeza de manera brusca hacia el fondo del local porque recuerdo que ahí vi un espero hace unos minutos. Necesito verme reflejada en él, necesito saber quién soy.

© LIDIA NICOLAI
lidianicolai_2011@hotmail.com

